

Argentina y los desafíos a la hegemonía hemisférica de los EE.UU. ¿La tercera será la vencida?

Por **Fabián Calle**

En 1996, en pleno momento unipolar de los EE.UU., Peter Smith -uno de los estudiosos más importantes de la relación entre los EE.UU. y América Latina- afirmaba en su libro *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.: Latin American Relations* que una de las constantes era que Washington veía a la región como una zona segura, no amenazante y que, por medio de políticas burocráticas más o menos coordinadas de las agencias estatales, resultaba posible preservar los intereses vitales de los Estados Unidos. En su repaso de la postura estratégica de Washington respecto de América Latina en los cien años precedentes, el autor observa una lógica pendular entre momentos en los que la región absorbía gran interés y esfuerzo del poder americano y largas etapas en las que prevalecía un menor interés y preocupación. Esa "normalidad" era interrumpida por factores externos que obligaba adoptar políticas más activas, articuladas y de largo plazo -o *Grand Strategy*- usualmente reservadas para las zonas estratégicas más calientes durante el siglo XX, como Europa y Asia.

¿Cuáles eran los eventos que alteraban esa "parsimonia burocrática" en la relación con los países latinoamericanos? Básicamente, aquellos en los que se percibía o evidenciaba un rol activo y amenazante de una gran potencia estratégico-militar extra continental en la región.

Un primer caso fue el de la Alemania nazi (y, en menor medida, el fascismo italiano) durante la década de 1930, especialmente en la entonces próspera y poderosa Argentina y en el separatista sur del Brasil. En ese momento la decisión estratégica del presidente Franklin D. Roosevelt fue articular lo que se denominó la "política del buen vecino", con el objeto de reforzar los vínculos políticos, diplomáticos, militares, comerciales y económicos de los EE. UU. En la región. El interés y la necesidad de cuidar y cultivar la relación con nuestro país se pusieron en evidencia tanto cuando Roosevelt realizó una visita oficial a Buenos Aires, en 1936, como cuando se encargó de buscar al mejor médico que pudiera ayudar al entonces mandatario argentino, Roberto Marcelino Ortiz, a evitar una pronta ceguera, en 1942. Los historiadores han registrado cartas importantes y muy amistosas entre ambos mandatarios. En algunas de ellas, escritas a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, el mismo Ortiz destaca la necesidad de que ambos países enfrenten juntos la amenaza antifascista. Sin dudas, una revisión de esa etapa de la historia argentina muestra que el fallecimiento de dos caudillos políticos, como Alvear y Justo, y la salida del poder de Ortiz debido a sus padecimientos de salud, cambiaron el curso de la inserción internacional Argentina durante y después de la guerra.

El fin de la Segunda Guerra Mundial y la derrota del nazi-fascismo desactivaron, en gran medida, ese interés prioritario. El foco de atención se centró en la necesidad de reconstruir y estabilizar Europa Occidental y Japón, a fin de contener la poderosa influencia del

atractivo ideario comunista con base en la URSS de Stalin. Tal como escribiera el gran historiador y geopolítico americano George Kennan en su "largo telegrama" poco tiempo después de finalizar la guerra, el mayor riesgo para la seguridad de los EE. UU. en el corto, mediano y aún largo plazo no residía en la posibilidad de una agresión militar abierta y total de los soviéticos, sino en la penetración política, electoral, social y de inteligencia dentro de las destruidas sociedades europeas y asiáticas. En este contexto, ya no había espacio para Brasil, fiel aliado de los Estados Unidos entre 1940 y 1945, en la nueva etapa de los intereses globales y de estrategia de contención al comunismo. Utilizando una metáfora ferroviaria, podría decirse que así como Argentina "no se subió" al tren de la hegemonía americana post 1945 -entre otros motivos, por su inercia a apostar por el Reino Unido, por la falta de complementación de su sector agropecuario con el de EE.UU. y por el ascenso del peronismo y su lema "Braden o Perón"-, el Brasil de Getulio Vargas fue invitado a "bajarse" o "trasladarse a los últimos vagones" de ese tren.

Un segundo momento en el que América Latina recuperó la atención de los Estados Unidos y dio lugar a una nueva Grand Strategy fue con el ascenso inesperado de Fidel Castro, aliado al comunismo soviético, en la tropical Cuba a comienzos de la década de 1960. Contra todos los pronósticos, durante estos años "la cornisa de la apocalipsis" no se encontró en zonas prioritarias como Europa, Asia o el Golfo Pérsico, sino a unos pocos cientos de kilómetros de Miami, en suelo cubano.

En este contexto, el presidente Kennedy y su equipo articularían la denominada Alianza para el Progreso, una mezcla de "zanahorias y palos" para la región. En efecto, esta estrategia combinó el impulso a los gobiernos democráticos moderados de la región, el estímulo a las reformas agrarias y el fortalecimiento de los lazos comerciales e inversiones, por un lado, con la enseñanza de estrategias y tácticas contrainsurgentes (o COIN) basadas tanto en la experiencia de los Marines en las guerras de comienzos del siglo XX en Filipinas y Centroamérica, entre otras (plasmada en el manual operativo de 1940 de esa fuerza), como en el conocimiento y "la prueba y error" de las campañas francesas en Vietnam y Argelia, por el otro.

El asesinato de Kennedy en 1963 hizo que, durante décadas, prevaleciera más los "palos" que las "zanahorias" para la región (tal vez, podría decirse, hasta el impulso a la democracia en América Latina decidido por Washington a comienzos de los años '80).

El colapso del imperio soviético en 1989, la desintegración de la URSS en 1991 y la existencia de una China comunista pero de buen trato diplomático con los EE. UU. desde 1972 (gracias a Nixon y a Kissinger) y pro capitalista desde 1978, darían lugar a un escenario descrito por Francis Fukuyama como el "fin de la historia" (...) y por Kenneth Waltz como un "momento unipolar" de los EE.UU., que se extendería por dos décadas o más.

En este artículo abordarnos la ya clara y creciente tercera "irrupción externa" de una superpotencia en la región, la cual volverá a activar en Washington los engranajes de una Grand Strategy que combine de manera armónica la acción de sus diversas agencias federales con el rol de las empresas de origen americano que operan en la región.

Se trata de un escenario en el que se observa un ascenso de China que ha dado lugar a diversos análisis sobre la existencia de un nuevo bipolarismo, esta vez entre los Estados Unidos y la potencia asiática. Desde hace ya varios años, Beijing es el primer o segundo socio comercial de la mayor parte de los países del hemisferio americano. En el caso de la Argentina, desde 2014 tiene bajo su control una base satelital en la provincia de Neuquén

y ocupa, asimismo, el rol de aliado simbólico y material de los sectores políticos con una retórica anti-norteamericana. Ambos factores permiten diferenciar a China *vis-à-vis* las amenazas extra hemisféricas citadas previamente, es decir, la Alemania nazi y la Unión Soviética. Por un lado, ninguna de ellas logró, ni siquiera en su momento de esplendor, acercarse o igualar en PBI a los EEUU. Así, por ejemplo, durante los años '60 y comienzos de los '70, la URSS tenía un PBI que llegaba sólo al 40% del de su rival americano. Además, mantuvo siempre un perfil muy bajo en el entramado del comercio mundial y una escasa interdependencia económica con el capitalismo occidental, contrariamente a la China actual. Por el otro, el principal activo que ofrecían Berlín y Moscú respectivamente en los años '30 y '60 eran sus cargas ideológicas -acompañadas de eventuales negocios y comercio-, a diferencia del caso de China, que se centra sobremanera en su poder financiero y comercial, así como en el interés de diversos dirigentes del Tercer Mundo en desatarse de la supervisión de la Justicia de los EE.UU. y de los informes de Washington sobre derechos humanos y lucha contra la corrupción.

Pocas dudas caben que China es hoy el verdadero desafío estratégico para los Estados Unidos, aún cuando la política estadounidense (en especial, un sector del partido Demócrata) ha invertido y continúa invirtiendo una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo en focalizar las críticas y alertas en Rusia y en Putin. Los gobernantes de nuestra región deberán redoblar su prudencia y articular espacios de coordinación regional y subregional para saber moverse y salir lo mejor posicionado posible de esta puja entre titanes. Como dice un viejo proverbio africano, cuando dos elefantes se pelean quien más sufre es la hierba que pisan.

Ya en 2016, en una recordada conferencia poco tiempo antes de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, Henry Kissinger recomendó enfáticamente desarrollar una relación fluida y constructiva con Moscú para tratar de reducir los márgenes de maniobra de China en el tablero internacional. Tanto el empantanamiento de los Estados Unidos en largas y costosas guerras en Afganistán e Irak como los fallidos intentos de llevar formas democráticas de gobierno a Medio Oriente durante los mandatos de George W. Bush y Barack Obama reportaron en el pasado grandes beneficios a Beijing. Si a ello se suma priorizar cuestiones domésticas que conducen a sobrecargar las tintas sobre Rusia, el rédito para los diseñadores de política exterior y defensa en China no podría ser mayor.

Por si fuera poco, parte de los denominados neoconservadores republicanos que poblaron la administración de George W. Bush y alentaron guerras innecesarias como la de Irak y provocaron serias crisis con aliados históricos de Washington como Francia, Alemania, etc., han alentado vivamente la candidatura de Joe Biden bajo el argumento de que Donald Trump era un peligro para los EE.UU.

Un libro excepcional para comprender la Argentina anacrónica

Por **Matteo Goretti**

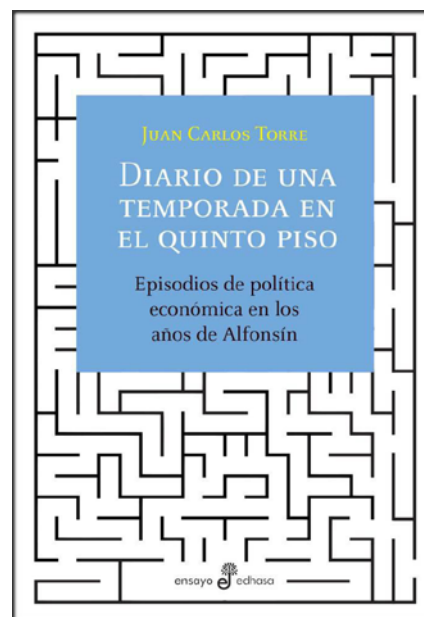
Juan Carlos Torre acaba de publicar *Diario de una temporada en el quinto piso* (Edhasa, 2021), un relato excepcional que echa luz sobre las decisiones económicas durante la presidencia de Raúl Alfonsín. El texto presenta información de gran valor histórico y documental. Su autor integró como subsecretario el equipo económico liderado por Juan Vital Sourrouille, primero en la Secretaría de Planificación (10/12/1983 - 18/2/1985) y luego en el Ministerio de Economía (19/2/1985 - 31/3/1989) en el quinto piso del Palacio de Hacienda, sede del ministro. Protagonista directo de los acontecimientos, Torre comenzó a grabar y escribir lo que veía y escuchaba. El libro reúne esa información y reproduce también las cartas que le enviaba a su hermana y a una amiga contando sus experiencias.

Juan Carlos Torre (1940) es un prestigioso intelectual argentino. Sociólogo, estudió en la UBA y obtuvo su doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Entre 1993 y 2018 dirigió la revista Desarrollo Económico del IDES, una publicación principal de las disciplinas sociales. Es profesor emérito de la Universidad T. Di Tella, donde enseñó durante años. Autor de numerosos libros y artículos, se destacan *Los sindicatos en el gobierno* (1983), *La vieja guardia sindical* y *Perón* (1990) y *Mar del Plata, un sueño de los argentinos* (junto con Elisa Pastoriza, 2019).

Adolfo Canitrot reclutó a Torre al inicio del gobierno de Raúl Alfonsín para sumarlo al equipo de economistas de Sourrouille. "Necesitamos un sociólogo político que pueda contribuir a armar ideas sobre la sociedad que queremos", le dijo.

Este libro tiene un valor adicional porque, al brindar un relato detallado e informado del proceso de toma de decisiones durante la gestión económica del presidente Alfonsín, proporciona también un marco de interpretación de los sucesivos fracasos de los gobiernos (y del país). Podría decirse que es una historia que expone el anacronismo argentino y, al mismo tiempo, ofrece una bitácora de navegación para no repetir las mismas tempestades que motivan nuestra decadencia. Es un libro clave para comprender el pasado, y para interpretar la actualidad.

En el relato es perceptible cierta tensión en Torre entre el intelectual que dice lo que piensa y el funcionario que manifiesta su lealtad al equipo económico que integra.



Inmediatamente, la lectura del texto transmite las ansiedades de quienes están aprendiendo a gobernar y el clima sofocante que genera las diferencias entre las gigantescas promesas electorales del gobierno radical y las insuperables restricciones económicas que encuentra en la gestión.

El autor pinta con detalle la complejidad de la gestión pública, cómo se toman las decisiones económicas. Para ello, nos presenta una especie de diorama, con dos planos principales. El más alejado, el que hace de telón de fondo, es el de un gobierno que busca recuperar las instituciones de la República y a la vez cumplir con la promesa de que con la democracia se come, se cura y se educa. Torre marca la relación irreconciliable entre ambas aspiraciones para un gobierno de transición jaqueado, además, por la emergencia económica y la amenaza de sectores de las Fuerzas Armadas por los juicios a algunos de sus integrantes. Es el Alfonsín del primer año de mandato, que decide sostener la bandera de la actualización de los salarios en términos reales -una de sus principales promesas de campaña- a costa de llevar al país al borde de la hiperinflación, convencido de que logrará el ansiado apoyo popular para prevenir una posible regresión autoritaria. Es el gobierno que al tercer mes de asumir ve fracasar en el Senado su proyecto para favorecer la democracia sindical, otra promesa de campaña.

Torre refiere en su libro las contradicciones que motivan las decisiones del presidente Alfonsín, por ejemplo, la dificultad de desprenderse de sus compañeros históricos de partido, como Bernardo Grinspun, que fue reemplazado por Juan Sourrouille en el Ministerio de Economía solo luego de que los persistentes malos resultados económicos se volvieron insostenibles. Recordemos que al renunciar Grinspun recaló en la Secretaría de Planificación que ocupaba Sourrouille, un enroque que testimonia la incapacidad del presidente de separar la lealtad partidaria de la gestión.

Una situación análoga se vivía en el partido de gobierno. Torre cuenta que la UCR consideraba al equipo económico de Sourrouille como un grupo de tecnócratas, "importado", carente de responsabilidad política y alejado de la realidad cotidiana. Lo integraban, además de Canitrot, José Luis Machinea, Mario Brodersohn y Ricardo Carciofi, entre otros. Esta percepción se consolidó cuando Sourrouille reemplazó -aunque parcialmente- a la vieja guardia de economistas radicales que había llegado al gobierno con Alfonsín, además de Grinspun, Roque Carranza, Enrique García Vázquez y Alfredo Concepción.

El libro expone el paulatino cambio en Alfonsín de una visión dogmática inicial a otra más realista, proceso que transcurre durante los primeros 14 meses de su gobierno y que concluye con el mencionado pase de Sourrouille al ministerio, motivado por los malos resultados económicos.

Por su parte, en el primer plano del diorama que presenta Torre sobresalen los tres espejos del caleidoscopio donde se reflejan históricamente las crisis económicas argentinas: el déficit fiscal, la inflación-emisión descontrolada y la deuda externa.

Los sucesivos fracasos por contener el déficit fiscal y bajar la inflación recorren todo el libro. Torre advierte desde el inicio la dinámica de las presiones corporativas y la dificultad del gobierno de mantener en el largo plazo políticas macroeconómicas responsables debido a sus condicionamientos políticos e ideológicos. Por ejemplo, recuerda cómo el aumento desmedido de la masa salarial decidido por Alfonsín y el déficit creciente de las empresas públicas hicieron estallar las metas de inflación vía mayor emisión monetaria. El autor menciona que "Alfonsín creía al comienzo de su gobierno que era posible a la vez aumentar los salarios, bajar la inflación y reactivar la economía."

El autor se detiene en el nacimiento y muerte de los llamados Plan Austral y Plan Primavera, que permitieron al equipo de Sourrouille permanecer en el quinto piso hasta marzo de 1989 a pesar de los resultados. Relata la repetición de medidas que terminaron en fracaso: congelamiento de precios, restricciones cambiarias, controles al comercio, retenciones a las exportaciones, préstamos compulsivos de las empresas al gobierno, metas de inflación ficticias, etc.

La relación con el FMI recorre todo el libro. El autor brinda información sobre los reiterados incumplimientos de las metas fiscales pactadas y la posición cambiante del presidente Alfonsín entre patear el tablero y seguir negociando los vencimientos de la abultada deuda externa. Al respecto, Torre anota el 1° de abril de 1984 en su diario la siguiente frase de Tróccoli: "Bueno, con el FMI podemos hacer un acuerdo, pero se trata de un acuerdo que no vamos a cumplir. Es para salir del paso."

El libro aborda profusamente otra de las fórmulas que Alfonsín ensayó, sin éxito: el del acuerdo político para afrontar la crisis. Torre escribe: "En circunstancias tan difíciles, dos son, en principio, los mecanismos para introducir moderación en el comportamiento de los agentes económicos: una política de concertación o una política recesiva." Él considera inviable poner en práctica políticas de ajuste sin contar con un mínimo de acuerdo con las fuerzas de oposición y las organizaciones de empresarios y trabajadores. Y agrega: "Por su parte, el gobierno habla igualmente de la necesidad de la unión nacional frente a la emergencia económica, pero se cuida muy bien de poner en marcha los mecanismos institucionales para hacerla efectiva."

Sin embargo, el autor percibe los riesgos que supone avanzar en acuerdos corporativos que invaliden la escasa autonomía del gobierno para tomar decisiones económicas que beneficien al conjunto de la población y favorezcan la puja distributiva que expresa la inflación indomable. Al respecto, no ve con buenos ojos la negociación del ala económica del gobierno con el llamado Grupo de los 15, que derivó en el ingreso al gabinete de Carlos Alderete, líder del sindicato de Luz y Fuerza, como ministro de Trabajo.

Torre ilustra otros de los debates en el que se movió el gobierno radical por esos años, el de gradualismo versus shock, al reproducir el cambio -motivado por la crisis- de la idea originaria de Alfonsín de "ir introduciendo retoques sin hacer demasiadas olas" a "tenemos que comprender una verdad fundamental: no se puede más pensar que las soluciones del país han de lograrse con pequeñas correcciones (...) Las correcciones tienen que ir al fondo del problema."

El libro reseña que Alfonsín recorrió fragmentariamente casi todas las fórmulas de corto plazo; sin embargo, no se animó a la transformación. Anunció la Segunda República, que no pasó de expresión de deseo. Se opuso a la corporación sindical y luego tuvo que pactar con ella. Solo pudo avanzar, brevemente, con programas económicos ortodoxos, que detonaron por las propias decisiones del gobierno y las restricciones impuestas por la transición democrática. Propuso planes de reformas estructurales que no llevó adelante. Luego de confrontar con la oposición, buscó el consenso; ya era tarde. La sucesión de frustraciones económicas lo llevaron a redoblar sus errores al intentar instalar temas exóticos como la reforma de la Constitución y el traslado de la capital a Viedma, con la esperanza de que estas propuestas movilizaran a la sociedad y cambiaran las expectativas.

La derrota electoral de 1987 fue el preludio del final, que conocemos. La crisis heredada y la impericia de la gestión hizo polvo las buenas intenciones del gobierno. A pesar de ello,

la gestión de Alfonsín dejó un legado trascendental: la democracia que hoy disfrutamos. Torre lo destaca.

Al recorrer las páginas de este libro uno tiene la sensación de que nada cambió desde entonces, que repetimos las mismas fórmulas fracasadas, que no hemos aprendido de nuestros errores. Si reemplazamos los nombres que menciona Torre por los que ocuparon los mismos cargos en los sucesivos gobiernos posteriores notaremos que el pasado se proyecta todo el tiempo; reproduce resultados similares.

Este es un libro imperdible para reflexionar sobre el fracaso de la Argentina anacrónica, porque echa luz sobre lo que nos pasó, y lo que nos pasa.

CALÍBAR el rastreador

Informe estratégico sobre Argentina

Comité de redacción:

Fabián Calle

Matteo Goretti

Francisco Santibañes

Luis Tonelli

Ignacio Labaqui

Juan Battaleme

CALÍBAR el rastreador es un informe estratégico sobre Argentina. La propuesta es brindar análisis e interpretaciones y ofrecer escenarios, que favorezcan tanto el debate como la toma de decisiones. No es un informe de prensa, no nos ceñimos a la lectura de los medios ni centramos nuestro interés en el día a día. Tampoco planteamos las ideas a través del eje amigo-enemigo del gobierno, de sectores o de grupos. Consideramos que una manera de contribuir al desarrollo del país es crear un espacio que ofrezca mayor profundidad en el análisis, con una mirada estratégica y un interés centrado en lo que podría pasar más que en lo que ya pasó.

Calíbar era un gaucho del interior admirado por Domingo F. Sarmiento, quien lo retrató en *Facundo*, libro escrito en 1845. Calíbar hacía de rastreador, es decir, seguía huellas y pisadas que quedaban impresas en el terreno, un oficio esencial en un país extenso y recorrido por llanuras. Sus ojos leían el suelo; su mirada profunda le permitía seguir rastros, incluso los que el tiempo había borrado. Lograba descifrar lo que estaba oculto. Convertía los indicios en evidencias. Interpretaba lo incomprensible. Poseía cualidades que cobran actualidad y relevancia en la Argentina de hoy.